

PATRONES DE MIGRACION INDIGENA EN EL VIRREINATO
DEL PERU: MITAYOS, MINGAS Y FORASTEROS * **

Noble David Cook

University of Bridgeport

En un artículo inicial en 1981, sobre la migración indígena durante el siglo XVIII en la península del Yucatán, David J. Robinson sostenía que la clásica visión de "corporación cerrada" de la comunidad mesoamericana, como quizás más lúcidamente la definió Eric Wolf, "estaba seriamente erosionada por la información colonial del Yucatán". Wolf visualizó a la comunidad nativa como esencialmente cerrada y corporativa; la comunidad restringe su membresía, controla la tierra y el acceso a ésta; la comunidad redistribuye la riqueza internamente, y establece barreras artificiales contra el mundo de afuera. De acuerdo con esta visión, la comunidad es mayormente autosuficiente y culturalmente estable, quizás hasta inherentemente opuesta al cambio. Robinson señaló que en su propio estudio de las dinámicas de población en el área, los americanos nativos del Yucatán eran, de hecho, altamente móviles, al menos durante el siglo XVIII que estudia con mauor deternimiento. Si bien es difícil establecer la tasa exacta de migración indígena, Robinson sostiene que era alta. Parte de la migración suponía el movimiento de personas fuera de sus comunidades en busca de parejas apropiadas para contraer matrimonio. Más compulsiva era la migración indígena para escapar de las cargas del tributo, servi-

* Traducción de Mariana Mould de Pease.

** Ponencia presentada en la reunión anual de la American Society for Ethnohistory (Charleston, South Carolina, 6-9, Noviembre 1986). El autor agradece los comentarios de los miembros del panel: Jeffrey Cole, Ann Wightman, John TePaskie, etc.

cio personal, las ventas del repartimiento, y las limosnas y obvenciones (Robinson 1981: 167-168; ver Wolf 1957: 1-18).

Quienes examinan la migración en el contexto andino, antes que en el mesoamericano, pueden estar no menos impresionados por el volumen y la persistencia del fenómeno. Ciertamente, se puede decir que la historia de las Américas es la historia de las migraciones. No es mi propósito esta vez examinar el periodo precolombino; sin embargo, un breve muestreo debe ilustrar los efectos de las migraciones previas a la llegada de los europeos en el siglo XVI y proporcionar un útil telón de fondo para nuestra investigación de los cambiantes patrones de migración en la era colonial. Los primeros americanos eran migrantes del Asia. Hace quizás unos 40,000 años, pequeñas bandas o individuos caminaron lentamente a través del estrecho de Bering en busca de caza. Estos cazadores, pescadores y recolectores cruzaron el hielo o quizás iban en pequeñas naves. El movimiento era por oleadas antes que un flujo continuo. Los migrantes se trasladaron al norte del continente americano o a lo largo de la costa a su propio ritmo, en busca de caza y otros comestibles. La dirección del flujo dependía de las condiciones locales, la velocidad era a veces lenta, y en otras épocas bastante rápida. En varias generaciones, la mayoría de los lugares con buenas condiciones ecológicas del hemisferio occidental estaban habitados, y la población aumentó en la medida en que el abastecimiento de comida era adecuado.¹

Mucho antes que los exploradores europeos llegaran al corazón andino de la América del Sur en la tercera década del siglo XVI, habían surgido imperios de alta civilización, en aparente aislamiento de las culturas del Viejo Mundo. Los americanos nativos habían domesticado una rica variedad de plantas y animales, habían inventado calendarios y técnicas para llevar registros y desarrollado complejos métodos para incrementar el rendimiento agrícola, desde el uso de fertilizantes naturales hasta elevar y sumergir campos de cultivo construyendo andenes y acueductos. Habían alcanzado una metalurgia de la edad del bronce; habían concebido sistemas sociales y políticos complejos. La población de la zona de las altas civilizaciones andinas era densa, como lo fue en Mesoamérica (Para una revisión del proceso ver Murra 1984: 59-90; Lanning 1967: 39-46; Cook 1981 y Dobyns 1966: 395-449).

Hubo migración precolombina y debió ser considerable, a lo largo de la costa Noroeste de América del Sur. Aun cuando el tema todavía está siendo in-

1. Para la región andina, ver Mellafe 1970: 303-313. Borah 1976 proporciona una fina revisión y excelente bibliografía. Ver también Borah y Cook 1971-77.

vestigado, es evidente que algunos productos eran cambiados regularmente entre el sector sureño de Mesoamérica, a través del istmo, y los valles centrales de las tierras altas andinas. La exacta índole de este comercio todavía no es completamente conocido. El intercambio puede haber sido a distancias cortas, y comprender la simple transferencia de regalos ceremoniales, o el comercio pudo haber sido más elaborado y extenso. La migración prehispánica no era sólo por tierra, lejos de la costa había naves de palo de balsa, considerables, dirigidas por amerindios que por su vestido provenían de la costa del Ecuador o del Norte del Perú. Una variedad de animales, de productos vegetales y artículos que podían usarse en el comercio estaban a bordo: joyas, cerámica, ropa elegante. Las balsas no habían salido específicamente a comerciar con las fuerzas de avanzada de Pizarro, y debieron estar allí debido al normal intercambio regional. Probablemente querían plumas, piedras semipreciosas, y algunas conchas muy apreciadas que no se encontraban a lo largo de la costa sureña más seca y fresca (Ver Murra 1975 y, especialmente, Rostworowski 1981).

El mundo andino que los españoles conquistaron no era un universo estático, cerrado, sino uno donde había un importante movimiento y cambio. La imagen de un sistema cerrado se encuentra en algunas de las crónicas del siglo XVI y comienzos del XVII sobre el imperio incaico, imperio que varios cronistas confundieron con el imperio romano. La civilización romana impregnó la mayoría de los aspectos del pensamiento renacentista, desde el arte hasta la arquitectura, desde la planificación urbana hasta la jurisprudencia, desde la historia hasta el ideal de un estado burocráticamente centralizado, eran todos conceptos muy influidos por la visión neoclásica del mundo del pensador del siglo XVI. Si el historiador más influyente, el Inca Garcilaso de la Vega, y escritores semejantes, describieron un estado incaico ideal, que en un significativo sentido era similar a Roma, ofuscaron así una realidad compleja (Pease 1978).

Ciertamente, tal como habían sido los romanos, los incas fueron conquistadores. En menos de un siglo antes de la llegada de los españoles, la tribu inca había avanzado desde su base en la región cercana al Cuzco, y por la fuerza militar y una hábil política diplomática, había subyugado primero a sus vecinos y después a lejanos rivales, y, finalmente, estableció un control que se extendía hacia el Norte hasta el actual Sur de Colombia y hacia el Sur hasta la frontera araucana en Chile. Los últimos toques de la expansión se dieron cuando los españoles estaban estableciéndose en Panamá. Los incas habían conquistado e integrado dentro de una estructura política y económica más amplia a muchas unidades étnicas distintas: los Chancas, Lupacas, Collaguas, Mochicas, Chachapoyas y Cañaris. Todos fueron absorbidos, no obstante retuvieron parte de su identidad étnica dentro del estado incaico. La amalga-

ma era compleja, muchas entidades culturales y lingüísticas componían la mezcla final, cada una con su estilo único de cerámica, de tejidos, vestido e idioma: quechua, aymara, uru, mochica. El intento de los incas por establecer una *lingua franca* fue similar a la política romana de establecer el latín como idioma oficial. El imperio incaico se creó por migraciones, de soldados, de emisarios en movimiento; no lo fue por una sola unidad étnica inca. El núcleo de población del centro incaico continuó el proceso de expansión, era demasiado pequeño. La expansión posterior fue solo posible por la tácita aceptación de la política incaica por otras unidades étnicas. Se logró el vínculo a través de arreglos matrimoniales, de gobierno compartido que vinculaba linajes étnicos y, finalmente, por la mezcla de grupos étnicos por migración (Rowe 1946: 183-330; Rostworowski 1978 y 1983).

Las migraciones son una característica mayor del mundo andino. Una forma de migración se asocia con el pastoreo de las llamas y alpacas oriundas de América. Los pastores en todo el mundo son migrantes, ya sea que cuiden rebaños de ovejas en las llanuras de Extremadura y Castilla, cabras en Suiza, ganado en el Sudán, o camélidos en las muy elevadas planicies de la América del Sur. La migración de pastores en los Andes requiere de mayor investigación. Es compleja, aparentemente de corto alcance, y está íntimamente vinculada con las unidades étnicas locales (Ver Flores Ochoa ed. 1977).

Hay una forma muy especial de migración en el mundo andino. Ha sido muy sucintamente descrita por el antropólogo John V. Murra y sus alumnos. Abarca el envío de individuos o familiares desde una zona ecológica hasta otras para permitir que una unidad social aproveche al máximo el acceso a todos los pisos ecológicos que le sea posible. El proceso ha sido vinculado al establecimiento de "islas" o de un "archipiélago" de asentamientos que estaría en una de las muchas zonas verticales (de allí el término "verticalidad"), posibles en el escabroso medio ambiente andino. En la era prehispánica, conforme se desarrollaban las unidades sociales en la región, se estimulaba el acceso a una variedad de pisos ecológicos. En principio, hasta la unidad más pequeña tenía acceso a parcelas agrícolas, algunas de las cuales podían ser usadas para maíz, quinua, papas, ocas, *ollucu*, ají, coca y otros productos. La unidad social también podía tener unas cuantas alpacas o llamas, de haber tierras de pastoreo disponibles en la puna, encima de sus casas permanentes. Podían tener acceso a una mina de sal, o a un depósito de guano que podía ser explotado durante una semana por año, o a un lugar de pesca que podía utilizarse por un periodo semanal. Los recursos naturales podían estar repartidos a lo largo de un territorio en un radio de veinte kilómetros, o incluso más. La unidad social o parte del grupo migraba hacia y desde el núcleo, siguiendo un calendario regular que era reconocido por todos los grupos sociales que compartían el recurso. El mo-

vimiento era constante; si un desastre natural abatía a la unidad, era poco probable que se perdiera toda la producción; por lo tanto, la unidad sobrevivía. Los estudiosos de la agricultura contemporánea en los Andes están impresionados por la cantidad de tiempo que a menudo se emplea en viajar de una localidad a otra. Ese patrón ha existido durante generaciones. Por ejemplo, la gente de la mitad urinsaya del pueblo de Yanque, en el valle del río Colca, caminan frecuentemente con sus animales veinte minutos quebrada abajo, cruzan el río, luego suben durante otros treinta minutos por la otra ladera hasta sus pequeños andenes. Los pobladores aludidos pasan unas dos horas diarias en ir y venir de sus parcelas durante el ciclo agrícola (Cf. Murra ed. 1967-72; Alberti y Mayer eds. 1974).

En la época incaica tardía había varios tipos de migrantes: uno consistía en comunidades enteras de *mitmaqs* que estaban obligados a moverse para establecerse en otro lugar. Ello se hacía porque la gente había sido de una unidad que había resistido la política incaica y, por lo tanto, se le enviaba a otras regiones para reducir el foco de resistencia del área, o porque habían apoyado a los incas y se les transplantaba a un área de rebelión. Tales colonias de *mitmaq* eran, usualmente, a lo más de unos cuantos cientos de familias pero estaban esparcidas por una vasta extensión geográfica, a menudo muy distante de sus lugares de origen. Otros migrantes eran guerreros incas que viajaban grandes distancias para llevar a cabo la política estatal. Podían ser incas o pertenecer a otros grupos étnicos. El ejército era temporal, constituido por grupos de guerreros convocados en base a una cuota, según lo requirieran las circunstancias. Los migrantes cumplían la política estatal, y retornaban a sus hogares después que la tarea se cumplía. Carecemos de información sustancial sobre este tema, pero es poco probable que una alta proporción de guerreros permaneciera en el lugar al que habían sido enviados, o que se integraran plenamente a la sociedad de adopción. Además de los guerreros, se reclutaba trabajadores cada año para que participaran en grandes proyectos de construcción. El más impresionante era, probablemente, la fortaleza de Sacsayhuaman, en las alturas cercanas al Cuzco. Era una estructura masiva, que absorbía una fuerza laboral temporal de unos 40,000 durante una década. Pero cientos de proyectos más pequeños, pero vitales, absorbían migrantes; se les utilizaba para construir puentes colgantes, tambos, erigir colcas o depósitos, en las minas, o quizás para cultivar coca en la región de la montaña. Otro grupo de migrantes eran los *yanacuna*, los criados o sirvientes privados del Inca o su burocracia. Eran también miembros de la élite local, los *kuraka*, parte de los cuales eran absorbidos por el grupo inca. Los hijos de los curacas eran enviados al Cuzco a educarse; algunos de ellos se quedaban y casaban con mujeres del grupo incaico, otros se hacían guerreros o administradores (Ver Murra 1984: 75, 86-89).

Ciertamente, la migración no era tan simple o libre en el mundo incaico tardío como lo fue para los migrantes europeos del siglo XIX a los Estados Unidos. Los grupos étnicos nativos conservaban su vestimenta local para que un grupo no se confundiera con otro. Se sabía, por su apariencia, ropa y tocado distintivo, la identidad y origen de los migrantes. Antes de la llegada de los europeos, los americanos nativos no migraban a menos que hubiera una razón válida que coincidiera con las necesidades del estado, definidas por la élite gobernante (Ver Rowe 1946).

A fines de la década de 1520, se introdujo un nuevo elemento en esta ecuación andina tradicional: los europeos, y, al comienzo, sus asistentes indígenas, usualmente mesoamericanos, así como sus esclavos africanos. Numéricamente, no hay comparación entre un puñado de intrusos y millones de indígenas. Pero los europeos eran claramente superiores en tecnología, especialmente en la militar. La conquista militar comenzó en 1533 en los Andes. Hacia 1538 había terminado la primera etapa, con el fracaso de la resistencia y la rebelión nativa. Pero los extranjeros pelearon entre sí, en un conflicto que fue mucho más sangriento que lo que había sido la conquista del imperio. Las principales etapas de este conflicto duraron desde el asesinato del caudillo Francisco Pizarro, en 1541, hasta la victoria de Pedro de la Gasca en 1549. Pero hubo subsecuentes levantamientos, tales como el de Francisco Hernández Girón, en 1554. Hubo un segundo gran levantamiento en el propio siglo XVI, vinculado al caudillo inca Túpac Amaru. La huida o emigración del corazón del mundo andino, para evitar el control europeo, era uno de los aspectos del movimiento. La rebelión se centró en la región montañosa, al Noroeste del Cuzco, y fue debelada por el virrey Francisco de Toledo en la década de 1570 (Hemming 1972 es el más moderno recuento de la conquista, si bien el clásico libro de Prescott [1847] sigue siendo una útil presentación del proceso):

Las consecuencias biológicas de la presencia de los europeos precedieron en varios años su llegada física a los Andes. Estas consecuencias se relacionan con las enfermedades epidémicas. Se había roto el aislamiento entre el Viejo y el Nuevo Mundo. La población americana nativa era sensible a los agentes patógenos europeos, y las epidemias generalizadas de sarampión y viruela devastaron a los indígenas. Ola tras ola de epidemias arrasaron la región andina después de que la primera pandemia, probablemente de viruela, llegó al Perú en 1524. Esta viajó, de persona en persona, a través de los movimientos migratorios normales, probablemente vinculados al comercio (Ver Cook 1981: 62, Dobyns 1963: 493-515, y Wachtel 1976).

Las consecuencias de la presencia de los primeros colonos europeos en la sociedad andina fueron más considerables que el número de recién llegados.

Solo unos cuantos miles de españoles migraron a la región andina durante el siglo XVI, al menos tal como fue registrado por los funcionarios coloniales, y como informa recientemente Peter Boyd-Bowman. Estos pocos miles, ayudados por aliados indígenas que estaban listos a levantarse y sacudirse del yugo incaico, tuvieron éxito, gracias a una combinación de tecnología militar superior, enfermedades fortuitas, y una diferente concepción del mundo; conquistaron así un imperio de varios millones de habitantes. Los conquistadores, después de servirse brevemente de un inca títere, eliminaron a la jerarquía incaica y la sustituyeron por una foránea. Claramente, el régimen colonial era una amalgama de lo nativo y lo europeo. Los títulos burocráticos eran europeos y encajaban dentro del marco de trabajo de la estructura política del imperio español; pero la base descansaba en una mano de obra dúctil, organizada de acuerdo con prácticas prehispánicas. Mediando entre los conquistadores extranjeros y los indios comunes, se hallaban los kurakas o jefes nativos, que hacían que el nuevo sistema funcionara suavemente, aunque no en forma equitativa.²

Ciertamente, la migración nativa se acentuó con el nuevo régimen, en las varias etapas cronológicas de su secuencia evolutiva. Es esta migración la que me propongo examinar. Hace algunos años, Nancy M. Farriss propuso una tipología bastante interesante para las migraciones en el Yucatán. Según Farriss, los tres elementos principales son la huida, el desplazamiento y la dispersión. Farriss señala que se daba la huida para escapar del tributo y otras demandas del gobierno colonial, el desplazamiento se producía desde las comunidades nativas hacia los centros españoles, y la dispersión de la población se iniciaba en las unidades más densamente pobladas. La tipología está muy bien articulada, pero la escena andina es demasiado compleja como para ser tan pulcramente abarcada por una simple tipología tripartita. La migración en el Virreinato del Perú era de diversos tipos, cada uno seguía ciertos ritmos, cubriendo distintas distancias, y expandiéndose o contrayéndose durante la elaboración de la era colonial. Había centros específicos que atraían migrantes, y cuando aquellos declinaban, los expulsaban. Propongámonos examinar las variables que se daban dentro de la migración interna en el Perú colonial de una manera sistemática. Había migraciones forzadas y libres, de corta y larga distancia, movimientos estacionales y permanentes, inmigración y emigración (Farriss 1978: 187-216; para datos de la población de la mayor parte del Perú, ver Cook ed. 1975; para gráficos de diversos cómputos poblacionales, Cook 1982: 73-120).

2. Boyd-Bowman 1976: 723-735, y Mömer 1976: 737-782. Véase también Boyd-Bowman 1973 y, para las fuentes, Boyd-Bowman 1964-68. Otra fuente importante es Catálogo 1940-46; véase Mazet 1976.

1. *MIGRACION FORZADA*

La migración forzada fue omnipresente, a lo largo de toda la era colonial. La migración forzada abarcaba, a menudo, las mayores distancias, y provocaba las más crueles consecuencias sobre aquellos obligados a moverse de un punto a otro. Puede diferenciarse varios tipos:

a. *Indios esclavos y "sirvientes"*

Esta forma de migración forzada fue particularmente omnipresente en el período colonial inicial. Tal como lo ha señalado James Lockhart, había un considerable contingente de esclavos indios, especialmente provenientes de Nicaragua, que participaron en la empresa de la conquista. Estos fueron traídos por sus amos, y desempeñaron un significativo papel como auxiliares durante los primeros años. Por cierto que la monarquía española rechazó la esclavitud indígena, y las Leyes Nuevas de 1542 acabaron, en teoría, con tal práctica. Pero el concepto de una "guerra justa" contra los indios que estuvieran en estado de rebelión contra la Corona y la Cristiandad, permitía la captura y conversión de los renegados. Donde hubiera indios más "primitivos", en los márgenes establecidos del Imperio, había vastas posibilidades para invocar la excepción a la esclavitud. En el virreinato del Perú, durante las últimas décadas del siglo XVI y la primera mitad del siguiente, había un número sustancial de indígenas jóvenes tomados prisioneros en "guerras justas" en las zonas fronterizas, particularmente a lo largo de la frontera araucana en Chile, y también en la provincia de los Chiriguanos, en la actual Bolivia.³

b. *La mita*

Los españoles adoptaron directamente el sistema incaico de reclutamiento forzoso de mano de obra llamado *mita*. Esta incluía la migración de los dependientes de españoles, de manera similar a como había ocurrido en los tiempos de los incas, pero ahora, bajo el régimen colonial, el periodo de trabajo y el porcentaje de fuerza laboral local requerida para participar en la mita, se expandió rápidamente. La cuota variaba: usualmente era la séptima parte o, si la población local descendía sin que se llevara a cabo un recuento preciso, podía

3. Lockhart [1972] 1986; Lockhart [1968] 1981, examina el tema de los indios de Nicaragua en el Perú; ver también el censo de los habitantes indígenas de Lima, que provee buena información sobre la migración indígena al complejo urbano (Cook ed. 1968)

elevarse a un tercio, aunque en cierto sentido ello era ilegal. El virrey Francisco de Toledo formalizó el sistema en sus "Ordenanzas para indios" en la década de 1570. Sin embargo, no se debe cargar al virrey con toda la responsabilidad, como Peter Bakewell y Jeffrey Cole han señalado; Toledo heredó una práctica colonial ya bien establecida en los años de 1570. Más aun, éste tenía escrúpulos acerca de los abusos que la mita podía acarrear consigo. Pero los intereses locales exigía mano de sobra, y al principio los mineros y colonos no creían que los indígenas podían dar su trabajo gratuitamente.

Había varios tipos de mita; cada ciudad colonial española tenía su "mita de plaza", dentro de la cual se esperaba que los indígenas se presentasen voluntariamente, de acuerdo con una fórmula establecida, y ciertamente se les requería para ello. Se alquilaban para trabajar en obras de interés público. Por ejemplo, en la ciudad de Arequipa grupos provenientes de los repartimientos vecinos se presentaban, bajo la supervisión directa de su kuraka o de sus subordinados, en el lugar estipulado por las órdenes; luego, de acuerdo con las disposiciones del funcionario local para indios, el corregidor, se dedicaban a la construcción de calles, iglesias y monasterios, edificios para el cabildo, la cárcel, la casa del corregidor, etc. Cuando finalizó este importante trabajo inicial de construcción de la ciudad, se pudo argumentar que eran de interés público el cuidado y la reparación las acequias de regadío y de los andenes agrícolas, e incluso el trabajo de los campos locales. Si esto no era suficiente para mantener ocupada a la población nativa, entonces las reparaciones que se realizaban después de los desastres naturales, particularmente los terremotos en el contexto arequipeño, absorbían a los trabajadores de la mita. Desafortunadamente, en algunos casos, era necesario viajar grandes distancias para llegar a la ciudad donde tenía lugar la mita de plaza. Con todo lo malo que era trabajar en ella, era en general menos agobiante que algunas otras formas de mita, especialmente la minera.

Los mayores excesos de la mita se dieron, probablemente, en la extracción de metales, especialmente del azogue en las minas de Huancavelica, así como en el beneficio de la plata en lugares tales como Potosí, Castrovirreina y, en el siglo XVII, Caylloma. No me voy a ocupar aquí de las mitas mineras, estudiadas por Jeffrey Cole. Otra área particularmente detestada y peligrosa era la región de lavaderos de oro ubicada alrededor de Carabaya, donde algunas veces se requería a los pastores de puna que descendieran a alturas bajas para trabajar en un medio ambiente extremadamente húmedo, donde los riesgos tropicales causaban estragos en la salud de los indígenas. Asimismo, la fuerza laboral de la mita en los campos de coca de las vertientes orientales de los Andes, aunque en teoría era limitada, se practicaba y era excepcionalmente onerosa y riesgosa. Durante la era colonial continuaron las mitas locales, más de

acuerdo con la práctica precolombina. Incluían la construcción, mantenimiento y reparación de puentes, sistemas de regadío y andenes agrícolas. Este trabajo era menos agobiante, no obstante tenía sus peligros. Ciertamente, existieron severas regulaciones oficiales que incluían el tiempo de trabajo, el pago por el viaje y la alimentación. Sin embargo, el sistema no era de elección del indígena, sino que se basaba en la decisión de las autoridades centrales. Mas aun, los burócratas coloniales, ligados a la élite local, interpretaban estas órdenes. Mano de obra forzada, no gratuita, es la frase clave.⁴

c. *Las reducciones*

En la región andina, como en otras partes de las Américas, los españoles, confrontados con un patrón de asentamiento nativo que era disperso, concentraban a la gente en centros urbanos. El nombre de la política variaba de una región a otra: en la Nueva España se llamaban *congregaciones*. En el mundo andino previo a la conquista, la gente tendía a vivir en pequeños grupos consistentes en una docena o más de familias extendidas, de una o más unidades de parentesco, denominadas en el Perú *ayllu*. Los grupos de población podían alcanzar poco más de 150 residentes. Estos villorrios, compuestos por casas de piedra en las alturas y construidos en la región costera usando bloques de adobe, con algún uso de marcos de palos y cañas recubiertos de barro, se hallaban dispersos por toda un área, habiendo varios en un solo valle. En áreas ricas en andenes agrícolas, los villorrios podían distar solo un kilómetro. Rara vez la concentración andina de población excedía las 10,000 personas.

Los europeos consideraron francamente que las poblaciones pequeñas y dispersas eran muy difíciles de administrar. Las principales funciones del régimen colonial eran el adoctrinamiento religioso, el control político y la tasación y cobro del tributo. Unos meros 150 habitantes eran insuficientes para una instrucción religiosa eficiente. Inicialmente, los religiosos pasaban mucho tiempo viajando de un villorio a otro. Pidieron la concentración de la gente en unidades de población mayores, de unos 2,000 habitantes, que se consideraban ideales para la conversión y el adoctrinamiento; el clérigo podía, entonces, permanecer en una sola localidad o viajar a un número menor de capillas locales para instruir a la población y administrar los sacramentos de la Iglesia. Esta política se discutió ya en la década de 1540, pero las reducciones no fue-

4. Bakewell 1984 y Cole 1981 son estudios especialmente valiosos para la mita y su importancia en Potosí. Ambos proveen excelente bibliografía.

ron parte de la política oficial de gobierno hasta los años de 1570, durante la administración del virrey Toledo. Las órdenes del virrey para instituir las reducciones fueron persistentes y continuas. En este momento, el patrón nativo de asentamiento fue gravemente desbaratado. Las antiguas casas fueron derribadas para impedir que los residentes retornaran a sus hogares después de la partida de los burócratas coloniales hacia sus centros administrativos. Toledo tuvo bastante éxito, por lo menos en las tierras altas del centro y sur del Perú y de Bolivia. El éxito dependía de las variables locales. A lo largo de la costa, la rápida despoblación hizo estragos en esta política. En el noreste peruano, y a lo largo de la ceja de montaña, la naturaleza del terreno y la agricultura impedían la concentración permanente. En la puna, la economía de pastoreo impedía las grandes concentraciones que los funcionarios deseaban.

A largo alcance, las consecuencias de la política de asentamiento de Toledo no fueron lo que éste, verdaderamente, se había propuesto. Una de las consecuencias más importantes de la política de asentamiento de Toledo fue el incremento de la mortalidad. Las unidades de población incrementaron diez veces su tamaño, aumentando así la densidad y permitiendo la más rápida propagación de las epidemias. La política de reasentamiento toledano era una política de migración forzada, pero en este caso la obligada reubicación incluía un viaje relativamente corto, en contraste con las largas distancias que otros tipos de migración podían suponer. La política de asentamiento del virrey Toledo tuvo resistencias, pero la oposición fue predominantemente pasiva. La derrota del estado neo-inca de Túpac Amaru y la brutal eliminación de los dirigentes se dio al mismo tiempo que se llevaba a cabo la política de asentamiento. La represión era un recordatorio de lo que podía pasar a los indígenas si la resistencia se tornaba de pasiva en armada. De una manera semejante, los españoles habrían cortado de raíz cualquier incipiente rebelión contra la política de asentamiento. Por lo menos, en la región de Guamanga —como lo señala Steve Stern—, el culto del Taki Onqoy incluía, en la década de 1560, la recreación mesiánica del mundo previo a la conquista. En muchas áreas la reducción significaba dejar atrás las antiguas huacas; para que la concentración fuera exitosa, las huacas debían ser ubicadas y destruidas, si no, los nativos persistirían en quedarse cerca, tanto espiritual como físicamente, a los santuarios ancestrales, de muchos tipos y muy numerosos.

Los nuevos centros de población creados por la migración forzada eran artificiales; eran administrativos y religiosos, convenientes para el papel extractor de la burocracia colonial, pero no para la gente que vivía en ellos. Los indígenas eran ahora obligados a viajar distancias más largas, entre la ida y la vuelta, hasta sus campos. El nuevo patrón de asentamiento era especialmente desbaratador para los pastores de la puna, quienes a menudo eran alejados de

sus tierras de pastoreo. En algunas regiones, los nuevos poblados eran abandonados casi de inmediato cuando la burocracia española se retiraba. Karen Spalding señala el relativamente rápido retorno al viejo patrón en la provincia de Huarochirj. En otras áreas, sin embargo, persistieron los ejemplos de planeamiento urbano renacentista de Toledo. En efecto, a menudo me sorprende la persistencia de algunos de estos pueblos. Muchos de los sitios creados durante la era toledana aun existen, relativamente sin cambios, hasta la mitad del siglo XX (Málaga 1974: 141-172. 1975: 9-45. Las reducciones merecen mayor y más sistemático estudio del que han recibido).

2. LA MIGRACION LIBRE

La migración libre varía tanto en el tiempo como en el espacio. En el periodo de la conquista inicial, algunos de los grupos de *mítmaq*, traslados a la fuerza antes de la llegada de los europeos, aprovecharon la oportunidad del caos inicial para regresar a sus lugares de origen ancestrales. Algunos grupos, que pudieron haber sido enemigos de los incas, se vincularon estrechamente con los conquistadores, y llegaron a ser sus aliados. Viajaban con los españoles, algunas veces como sirvientes o dependientes, y otras como artesanos relativamente independientes. Los plateros y los joyeros eran especialmente importantes para los europeos, y los miembros de ambos grupos de artesanos fueron rápidamente integrados al nuevo orden económico. Algunas veces vivían en casas europeas, otras en asentamientos urbanos recientemente creados. Examinemos algunos de estos centros focales de migración indígena libre (Espinoza 1967: 224-332, también Espinoza 1973. Para los patrones regionales de migración: Spalding 1974 y 1984; Ver Stern [1982] 1986).

a. *Los centros administrativos coloniales*

Estos atrajeron migrantes indígenas desde el comienzo. Ya hemos visto la migración forzada destinada a la construcción y mantenimiento de la infraestructura del complejo urbano; pero también había migración libre a las ciudades. Los centros burocráticamente más importantes de la colonia se desarrollaron a un ritmo más rápido que el promedio. El Cuzco había sido la capital incaica; en la Nueva España, los españoles eligieron a la capital del imperio azteca, Tenochtitlan, para que fuera su centro de control. En el Perú no siguieron una política similar, sino que eligieron crear una ciudad enteramente nueva; probablemente lo hicieron así por temor a una revuelta nativa, y debido a la dificultad del transporte en los Andes. Ciertamente, la comunicación entre el puerto de Veracruz y la ciudad de México no es fácil pero, en comparación con el Perú, parece relativamente simple. Mas aun, la incidencia de las enfermedades en la costa del Golfo de México es mucho más elevada que en la costa del

Pacífico en el Perú, un hecho que probablemente los europeos observaron rápidamente. Los españoles tuvieron dos deferencias hacia la tradición nativa: Lima fue fundada relativamente cerca al santuario ceremonial más importante de la costa central de los Andes, Pachacámac, y Trujillo estaba cerca al complejo urbano prehispánico más grande de la costa norte: Chan Chán.

Lima, la Ciudad de los Reyes, fue la que quizás creció más rápidamente entre todos los centros administrativos. Era la que podía ir más lejos, puesto que no había sido construida directamente encima de otra ciudad precolombina, como era el caso del Cuzco; creció rápidamente a pesar de los factores climáticos negativos. Los principales centros administrativos andinos pueden enumerarse rápidamente: Guayaquil, Trujillo, Quito, Cajamarca, Santa, Pisco, Huánuco, Lima, Tarma, Jauja, Cañete, Huamanga, Cuzco, La Paz, Cochabamba, Ica, Pisco, Moquegua, Arequipa y, más al sur, Santiago o Concepción. Hubo una tendencia, casi desde el comienzo, a que los centros administrativos prominentes crecieran más rápidamente. Lima creció a un ritmo más acelerado que sus rivales, atrayendo migrantes de todo tipo: europeos, asiáticos, africanos y, por cierto, indígenas.

Había, por lo menos, dos tipos distintos de patrones de asentamiento para los migrantes indios a la mayoría de las ciudades. Uno implicaba la creación de un barrio separado, o distrito indio, en las afueras de la ciudad española. El segundo suponía el alojamiento de los indios dentro de los límites de la ciudad, ya fuera en casas separadas o viviendo dentro de las casas de familias europeas. Generalmente, los más aculturados, artesanos o gente con oficio, eran los primeros en disponer de casas propias dentro de las murallas urbanas. Los indios algo menos hispanizados, a menudo vinculados con alguna encomienda, se desempeñaban como domésticos en casas europeas. Los residentes de los barrios separados eran, mas bien agricultores que trabajaban en las haciendas españolas cercanas, o en pequeñas chacras indígenas. Este patrón es relativamente fácil de apreciar en el caso de los indios de Lima en 1613, donde los artesanos y criados domésticos son claramente distinguibles de los otros que vivían en el barrio del Cercado de Lima, creado específicamente para indios por el virrey Toledo en la década de 1570. Lo mismo es válido para Arequipa, con pueblos de indios en las afueras, al Norte de la ciudad, por ejemplo Yanahuara, justo cruzando el río Chili, un barrio compuesto predominantemente por indios de la provincia de Collaguas, y también de Condesuyos y Ubinas. Cayma se hallaba a solo un kilómetro de distancia de Yanahuara. En el lado de la ciudad que daba el río había una parroquia predominantemente indígena: Santa Marta. Potosí tenía sus comunidades indias circundantes, en las cuales los nativos de determinadas provincias tendían a agruparse, ya fuera como mitayos o como residentes permanentes, si se quedaban en la ciudad y se

aunaban a la fuerza laboral. El Cuzco era algo diferente, con una distribución espacial de los indígenas más pareja, debido a la estructura y tamaño original de la capital incaica. Sin embargo, aquí también algunas parroquias eran predominantemente indias.⁵

b. *Propiedades costeñas*

Las haciendas costeñas, especialmente de caña de azúcar y algodón, se transformaron en la década de 1550 en los focos de migración de europeos y sus esclavos africanos. Las propiedades costeñas se expandieron al mismo paso que el colapso de la población indígena a lo largo de la costa, la cual decayó más precipitadamente que la de la sierra. Esta rápida despoblación proporcionó tierras disponibles para los europeos. La mayoría de las tierras de la costa ya estaba cuidadosamente irrigada por los hombres previos a la invasión española; los lotes eran excepcionalmente fértiles. Inicialmente, hubo más tierras que la que los colonizadores podían efectivamente utilizar. La introducción de animales del Viejo Mundo transformó rápidamente el sistema nativo de andenes de irrigación agrícola. En su totalidad, la producción decayó agudamente a lo largo de la costa, probablemente en las primeras décadas después de la llegada de los europeos. Hacia las décadas de 1550 y 1560, se había dado una transición; los centros administrativos urbanos españoles se habían establecido a lo largo de la costa, y habían crecido lo suficiente como para estimular una significativa demanda de productos agrícolas. Trujillo, Zaña, Lima, Ica, Cañete, Moquegua y Arequipa son algunos de estos centros. Por cierto que los más importantes eran Trujillo, Lima y Arequipa.

La agricultura comercial de irrigación se basó primero y principalmente en la caña de azúcar. La tecnología ya se hallaba bien desarrollada en las Canarias próximas al Africa, y fue introducida en el Caribe español. La misma tecnología y estructura laboral se utilizó tanto a lo largo de la costa peruana como en el Caribe. Aquí también, los indios fueron reemplazados por esclavos africanos, que tenían mucho mayor resistencia a las enfermedades que diezmaron a los americanos. Paradójicamente, la mano de obra importada nunca fue suficiente para la demanda, los indígenas que conformaban unidades de mayor densidad poblacional en la sierra próxima viajaban hacia la costa para trabajar

5. Para la migración indígena a Lima en el siglo XVII inicial, ver Cook 1976: 33-50; para la movilización indígena a Arequipa durante una sola década del siglo siguiente, ver Cook 1977: 13-34. Para una reciente revisión de la urbanización en América Latina colonial, ver Bronner 1986: 7-72. Mucho de ello concierne a la migración indígena a las ciudades coloniales andinas.

en las haciendas. El caso de Végueta, drenando la reserva poblacional de Canta sirve de ejemplo. Algo de este movimiento era forzado, algo era resultado del trabajo indígena por dinero en efectivo para cubrir las exigencias del tributo.

El algodón fue otro de los productos costeros que rápidamente se hizo importante en la economía colonial. El algodón y las telas confeccionadas en los obrajes locales copaban el mercado, tanto local como de exportación. pero, además de las sustanciales ganancias que se hacían con la caña de azúcar y el algodón, había otros tres sectores significativos en la agricultura costera: trigo, viñedos —para vino— y verduras, para los mercados urbanos. Los centros de producción de verduras se hallaban situados, ciertamente, tan cerca como era posible a los mercados urbanos a los que abastecían. Las áreas claves de producción para Lima eran el valle de Pachacámac y el de Cañete, al Sur, al Este el valle medio del Rímac, y los de Canta y Huaura al Norte. El trigo, por ser más fácilmente transportable, se cultivaba en valles más apartados. Hacia el siglo XVII, se había desarrollado una sustancial exportación de trigo a los mercados peruanos desde el centro de Chile. Por supuesto, la producción de vino era especializada e íntimamente ligada al suelo local y a factores climáticos. Ica, Pisco, Camaná, Arequipa y Moquegua, valles ubicados todos al Sur de Lima, participaron en este sector de la economía. Mientras el azúcar y el algodón tendían a estar dominados por la hacienda, con mano de obra esclava generalmente importada como clave de la producción, el trigo, las verduras y la producción de vino podían encontrarse, y a menudo lo estaban, en unidades más pequeñas. Las propiedades de viñedos de Ica, por ejemplo, podían ser explotadas rentablemente por un agricultor empresario con unos cuantos esclavos, con trabajadores indios asalariados y con españoles contratados (peninsulares, criollos o incluso mestizos), quienes a menudo se desempeñaban como capataces. La agricultura de verduras o de huerto estaba uniformemente en manos indígenas, quienes podían cultivar, con sus parientes, sus propios lotes, llevar los productos al mercado, y venderlos. Los curacas y sus parientes se ocupaban regularmente en esta actividad económica. Tenían acceso a la tierra y podían organizar y controlar los grupos de trabajo nativos (Keith 1976, Burga 1976, Cushner 1980 y Davies 1984. Para la migración de cercanas comunidades de altura a la costa ver Cook [1972] 1984).

c. *Los centros mineros*

Los centros mineros coloniales se desarrollaron principalmente donde los establecimientos urbanos precolombinos habían sido débiles. Dependían de las zonas interiores para su abastecimiento. Muchos de los poblados mineros se hallaban en alturas que sobrepasaban los 4,000 m., elevación suficientemente alta como para tornar ineficientes a los trabajadores europeos y africa-

nos. Por lo tanto, los residentes indígenas, largamente aclimatados a ambientes con poco oxígeno, proporcionaban la mano de obra principal. Ya hemos examinado el sector de la mano de obra forzada; el sector libre estaba constituido por aquellos indígenas que, mediante la estructura de salarios, encontraban tentador el trabajo en las minas.

Quienes ganaban el salario libre recibían diversas denominaciones: indios aventureros, advenedizos, mingas. Los últimos eran los trabajadores a salario libre; el término se usó, probablemente por vez primera, en las minas de plata de Potosí a mediados de la década de 1580. En esta mina como en otras, el número de asalariados libres se incrementó durante la última parte del siglo XVI y durante el siguiente. A los mingas se les pagaba un salario sustancialmente más alto que aquel que recibía un mitayo forzado. Sin embargo, la cuota de la mita nunca era suficiente como para saciar las necesidades de los mineros, quienes se veían obligados a contratar trabajadores a jornal. Los mingas, más experimentados, con sus conocimientos de minería y de las labores de refinación, se hicieron indispensables para la economía minera colonial. Conforme pasaba el tiempo, los mingas podían ser contratados hasta por un mitayo para que lo reemplazaran. Como ha señalado Peter Bakewell, quizás el 55% de los trabajadores de Potosí de inicios del siglo XVII eran mingas asalariados en vez de mitayos. Finalmente, los mingas se transformaron en residentes permanentes de muchas de las importantes ciudades mineras. Sería interesante conocer los orígenes de estos trabajadores; asumimos que migraron de los corregimientos cercanos y pudieron haber mantenido sus vínculos con las comunidades de origen.

Desgraciadamente, rara vez se llevaba una cuenta exacta de la población nativa asalariada. Demasiados grupos se hallaban interesados en mantener su número secreto: los mineros preferían su mano de obra a la de los mitayos, ineficientes y temporales; los curacas locales, quienes recibían una parte del pago, mantenían su número escondido. Los mingas mismos encontraban mayores oportunidades allí, antes que retornar a sus comunidades para volver a la vida de tributarios y mitayos. Hasta Huancavelica empleaba una proporción relativamente grande de trabajadores asalariados libres, debido, otra vez, a las ganancias que podían obtener, y a que el efectivo que estaban en condiciones de ganar podía ser empleado para cubrir los requerimientos del tributo indígena, que afectaba tanto a los mitayos como a los que no lo eran.

Los centros mineros de oro eran de una índole algo distinta. Si se basaban en técnicas de placer (lavaderos), a menudo se hallaban localizados a bajas alturas en las vertientes orientales de los Andes. Esta no era un área propicia para construir ciudades, precisamente por el peligro de enfermedades epidémi-

cas. Los parásitos intestinales, las fiebres del paludismo y la uta, contribuían a la elevada mortalidad en la montaña. En parte, debido a las enfermedades, ninguno de los centros de minería de oro era permanentemente próspero; la mayoría habían sido abandonados hacia el final del régimen colonial (Ver Bakewell 1984 y Cole 1985).

d. *Centros de transporte*

Actuaban como imanes para la migración indígena y, al mismo tiempo, los indígenas se transformaron en un componente activo y significativo de las redes de transporte, y migraban como consecuencia de sus funciones. El accidentado territorio andino hizo que se utilizaran las espaldas humanas para transportar muchos de los bienes, especialmente durante los primeros años de la colonia. En el norte, Nombre de Dios en el golfo, y Panamá en la costa del Pacífico, eran verdaderos centros de transporte, y estaban completamente ocupados durante el ciclo semianual del mercado. En el área central y sur de los Andes, los cargadores utilizaban mayormente las llamas, aun hasta el norte de Quito, y en el sur hasta Chile. El mismo tiempo, poco a poco creció el transporte en mulas, más que nada en el sector de la costa y en dirección a Tucumán y Salta. A lo largo de la mayor parte de la colonia, se encuentra quejas del daño causado a la población nativa por su utilización en empresas de transporte interregional. El movimiento de los indios en transportes de llamas o de mula después, a las tierras bajas y viceversa siempre fue visto como la causa de la elevada mortalidad. El transporte significativo por tierra se dio a lo largo de la costa especialmente al sur de Guayaquil, en una región donde la corriente marina de Humboldt, que se dirige con fuerza hacia el norte, y los vientos prevaletentes, dificultaban la navegación hacia el sur. Muchos viajeros desembarcaban cerca de Piura, y continuaban por tierra a Lima. En la costa norte, Olmos servía como centro para el arreglo de las comitivas de mulas para el transporte hacia el sur. Los mestizos y algunos indios, se ocupaban diligentemente en esta actividad. Más al sur, Lima, luego Pisco, y finalmente Moquegua, cumplían la función de centros de transporte; en las alturas de Charcas, Juli y Tucumán eran asimismo importantes ciudades para el transporte y atraían migrantes.⁶

3. *MIGRACIONES ESTACIONALES*

Los patrones tradicionales andinos de migración continuaron a lo largo de la época colonial. Parte de esta migración puede llamarse estacional y en su

6. Se requiere mayor estudio sobre los centros de transporte en el Perú y su relación con los patrones de intercambio prehispánicos y coloniales.

mayor parte, se hallaba asociada con el concepto de verticalidad, fundamental en el mundo andino. Algunos miembros de los ayllus migraban de la puna a la costa en busca de pescado, otros iban a las orillas del lago Titicaca u otros lagos importantes, para pescar y secar el pescado, algunos migraban a la costa para obtener recursos guaneros, y su actividad era importante en la región; asimismo se registraba migraciones desde las comunidades altas hacia la puna para cuidar de las llamas y alpacas, y había otras migraciones temporales a los lotes agrarios de las tierras bajas, para cultivar ají o coca. Había también movimientos hacia los depósitos de sal. Todos estos movimientos poblacionales, cuando incluían recursos naturales compartidos, seguían una secuencia que todos los que participaban reconocían. En cierto sentido, el transporte era un asunto estacional, el movimiento no era continuo todo el año, variando significativamente de un mes a otro. Parte del ciclo de transporte dependía de los ciclos climáticos, por lo menos en la sierra; el abastecimiento de las recuas de mulas dependía de que el clima estuviera relativamente seco, y de la facilidad de cruzar arroyos y ríos. Durante el periodo de lluvias fuertes, el transporte era casi imposible en la sierra (Ver. Pease 1978: 155-166).

4. *LA CREACION DEL FORASTERO*

Un aspecto significativo de la legislación indígena del virrey Francisco de Toledo tenía que ver con el trabajo en las principales mitas mineras, el mismo que tenía gran demanda dados los intereses mineros del siglo XVI. Los principales centros mineros tenían asignada una cuota de fuerza tributaria indígena, para proporcionar mano de obra a las minas durante un periodo específico cada año. Generalmente se esperaba una séptima parte de la población indígena local contribuyera a este trabajo, pero la cuota exacta podía variar. Los nativos empleados llevaban a cabo, a menudo, las tareas mineras más peligrosas; en el caso de Potosí, eran quienes transportaban sobre sus espaldas los sacos con mineral, subiendo las endeble escaleras del pozo principal. Los indígenas detestaban, generalmente, las tareas mineras.

A ojos de los intereses mineros coloniales había, desgraciadamente, un grave defecto en la legislación toledana: los indios estaban exentos del servicio de la mita si eran forasteros, esto es, si eran emigrantes de sus corregimientos. Para poder evadir el contribuir a los turnos de trabajo en la mita, los indígenas emigraban a menudo. El indio migrante perdía status, él o ella perdían su filiación con su ayllu, fundamento del orden social andino. Sin embargo, el indio que migraba y perdía su estado social así como sus derechos a la tierra en las comunidades de las que había huido, estaba exento del servicio de las mitas en las mitas. Las ventajas de volverse forastero deben haber sido significativas para la gente.

En los corregimientos sujetos al reclutamiento de mita para lugares tales como Potosí o Huancavelica, un porcentaje significativo de tributarios adultos podía migrar para evitar el requerimiento de la mita, a pesar de las desventajas tradicionales de dejar la comunidad propia. Es difícil determinar el número exacto de migrantes, pero cierta migración colonial era estimulada por la brecha legislativa. Puede afirmarse que en lagunos corregimientos había emigración e inmigración artificiales, como consecuencia de la política toledana. Un siglo más tarde, el virrey Palata comprendió el impacto real del problema, y trató de terminar con la dicotomía haciendo un nuevo censo poblacional completo, y estableciendo que el forastero contribuyera en el corregimiento donde residía, así como que sirviera en la mita. Pero diversos intereses se opusieron a los esfuerzos del virrey: los mineros, los curacas, e incluso los indígenas que estaban acostumbrados ya a trabajar al margen de la legislación. Brian Evans ha diseñado los cambios en la distribución de forasteros y su contraparte —los originarios—, para el área sujeta a la mita de Potosí. El mapa trazado es revelador. Una visible consecuencia de la legislación toledana fue la explosión de la migración en los años siguientes; al cabo de un siglo, cerca del sesenta por ciento de los habitantes de las provincias sujetas a la mita minera de Potosí eran migrantes. Este es uno de los movimientos de población más significativos de la era colonial (Sánchez Albormoz 1983 a: 31-59, 1983 b: 13-36, Zulawski 1985: 95-114, Assadourian 1985: 69-94)

5. LA CORRIENTE HACIA EL ESTE

A lo largo de todo el periodo colonial, numerosos observadores notaron lo que se denominó la huida hacia la montaña, la huida indígena para escapar de las obligaciones de la mita y del tributo; si bien ella se daba, es difícil medir con precisión su volumen. La formación del primer estado neoinca de Vilcabamba es un ejemplo del proceso. Sin embargo, los incas nunca habían penetrado con éxito hacia las fronteras orientales. Los factores biológicos que hacían posible la vida en las alturas probablemente limitaban el éxito futuro de estos grupos en las tierras bajas y tropicales. Algunos grupos indígenas habían estado viviendo en estas áreas, y estaban plenamente aclimatados a los ambientes tropicales. La corta expectativa de vida de los habitantes andinos que trabajaban en los cocales de las vertientes orientales de los Andes, era frecuente comentario de los testigos coloniales. Sin embargo, algunos andinos se fueron hacia el Oriente.

La frontera Chiriguana en el Alto Perú proporcionaba otra alternativa; los chiriguanos eran temibles guerreros que combatieron a los españoles durante siglos; por momentos estaban dispuestos a aceptar a los migrantes andinos que huían de los requerimientos del tributo y de la mita españoles, pero los

Chiriguano adoptaron el sistema europeo del tributo y requerían a los andinos recién llegados que pagaran la mitad del tributo que hubieran pagado a los españoles.

El mapa de Brian Evans sobre el Alto Perú oriental entre el censo de Toledo y el de Palata. Las altas tasas por sexo observadas más hacia el norte en la segunda década del siglo XVII sugieren una similar migración hacia el Este; si bien, debido a las enfermedades, es probable que este drenaje de la población de las alturas fuera negativo hasta que la medicina y la sanidad moderna hicieran posible la conquista de las enfermedades de las tierras bajas (Ver Cook 1981, y Evans 1986).

CONCLUSION

Ahora es evidente que la migración indígena en la región andina fue extensa, tanto antes de la llegada de los europeos en el siglo XVI, como bajo el régimen colonial. La idea de una comunidad corporativa indígena, cerrada a la influencia foránea y a la inmigración y emigración, casi no es característica del mundo andino. un movimiento sustancial, tanto de larga como de corta distancia, existió desde antes de la llegada de los europeos y fue, de alguna manera, estimulado por los burócratas españoles del régimen colonial temprano. De hecho, los españoles hicieron más por estimular la migración que por limitarla. Utilizaban aliados indígenas, incluso a nivel tribal, en los años inmediatos a la conquista; estas unidades étnicas migraban con los europeos y sus conquistas. Los españoles exceptuaron a algunos grupos étnicos del pago del tributo, como ocurrió con los Cañaris, debido a su especial colaboración en la derrota de los incas. Asimismo, se permitió regresar a sus lugares de origen a los mitmas, previamente trasladados en tiempos incaicos. Absorbieron también los españoles a los yanaconas, que habían estado vinculados con la élite inca; estos migraron asimismo con los españoles de un lugar a otro, y fueron especialmente importantes como colonizadores en los nuevos centros urbanos administrativos.

Los españoles asumieron la mita andina y la transformaron en un reclutamiento forzoso de mano de obra, mediante el cual miles de personas fueron trasladadas temporalmente a distancias que a veces excedían los 500 km. La mita tuvo consecuencias económicas trascendentales. Algunas comunidades fueron devastadas conforme la parte más importante de la fuerza laboral fue arrancada del trabajo local. Si los mitayos estaban ausentes de su tierra natal por mucho tiempo, el ciclo agrícola se rompía y se perdía la cosecha. Esta era la peor tragedia. Había bastante comida para todos si la siembra se realizaba a tiempo, y si se regaba, fertilizaba y labraba adecuadamente los sembríos; para

ello se requería la presencia de los trabajadores durante periodos críticos del ciclo agrícola. Si los trabajadores se hallaban ausentes, los cultivos podían no lograrse y habría hambre.

A distancias menores, los indígenas migraban a la mita de plaza local, para servir en trabajos de servicio público, a menudo mal diseñados, y a veces dirigidos más al enriquecimiento privado que al servicio público. Más aun, la mita de plaza sacaba a los indígenas de sus comunidades, con frecuencia, en el punto clave del ciclo agrícola, en un momento cuando su mano de obra era más necesaria en sus lugares de origen. Asimismo, a nivel local, los españoles emprendieron una política de reducciones, de asentamientos forzosos, requiriendo que los habitantes se concentraran en unidades de población más densas; ello se hacía con objeto de lograr el control estatal para el adoctrinamiento religioso, político y cultural. En el nivel más bajo de todos, el patrón tradicional de migración continuó o, más apropiadamente, se conservó el patrón de la verticalidad, a menudo a pesar de la incapacidad española para comprender la índole de su funcionamiento.

Los europeos introdujeron su propio sistema de propiedad y tenencia de la tierra; para ellos, la tierra podía ser comprada y vendida, mientras para el indígena andino pertenecía a la comunidad o ayllu y no podía ser comprada o vendida; el concepto de enagenación de tierras no correspondía al contexto andino. Ciertamente, los curacas adoptaron pronto la práctica española sobre la propiedad de la tierra, para mejorar su situación, pero tal giro de los curacas de lo indígena a lo foráneo no fue alabado por el común. La tierra debía ser usada para el bienestar del grupo y no para beneficio individual.

A lo largo de todo el periodo colonial, los indígenas migraron a los centros de control y explotación extranjeros: a los centros de administración urbana, incluso a las minas; lo hicieron siguiendo el incentivo de la ganancia, en búsqueda de una vida que, en un primer momento, parecía mejor que la del tributario y mitayo. Sin embargo, muchos de ellos fueron apresados por un sistema extraño, que malinterpretaron. Quizás el aspecto más importante de la migración fue la aparición del forastero; éste no existía como una entidad antes de 1570, el grupo fue una creación de la legislación toledana. No fue la intención de Toledo estimular la migración, ni crear una clase enteramente nueva de migrantes en el mundo andino; no obstante, esa fue la consecuencia de las ordenanzas Indígenas del virrey. El número de forasteros aumentó, quizás, rápidamente, aunque carecemos de la información para seguir la evolución exacta del grupo de forasteros. Hacia la segunda década del siglo XVII, el conjunto de forasteros era grande en las áreas que contribuían a las principales mitas mineras, donde Huancavelica y Potosí eran casos excepcionales. Los indí-

genas hacían, a menudo, todo lo posible para evadir los estragos de aquellas dos áreas notorias de trabajos forzados. La mano de obra libre, conformada por migrantes a los grandes centros mineros, cubría la escasez de trabajadores, y la forma que el control de la misma fue tomando en el siglo XVII, el peonaje endeudado, fue lo que finalmente cambió la índole de toda la empresa.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERTI, Giorgio y Enrique Mayer, eds.
1974 *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*, IEP, Lima.
- ASSADOURIAN, Carlos Sempat
1985 "La crisis demográfica del siglo XVI y la transición del Tawantinsuyu al sistema mercantil colonial", en Sánchez Albornoz ed. 1985.
- BAKEWELL, Peter
1984 *Miners of the Red Mountain: Indian Labor in Potosí. 1545-1650*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- BETHELL, Leslie ed.
1984 *Cambridge History of Latin America*, Cambridge University Press, New York.
- BORAH, Woodrow W.
1976 "The Mixing Populations", en Chiapelli ed. 1976.
- BORAH, Woodrow W. y Sherburne F. Cook
1971-77 *Essays in Population History: Mexico and the Caribbean*, University of California Press, Berkeley (3 vols.)

- BOYD-BOWMAN, Peter
 1964 *Indice geobiográfico de 40,000 pobladores españoles de América en el siglo XI*, vol. I (1493-1519), Bogotá.
- 1968 *Indice geobiográfico de 40,000 pobladores españoles de América en el siglo XVI*, vol. II (1520-1539), México.
- 1973 *Patterns of Spanish Emigration to the New World (1493-1580)*, Buffalo.
- 1976 "Spanish Emigrants to the Indies, 1595-98: A Profile", en Chiappelli ed. 1976, vol. II.
- BRONNER, Fred
 1986 "Urban Society in Colonial Spanish America: Research Trends:", *Latin American Reserarch Review*, 21: 7-72.
- BURGA, Manuel
 1976 *De la Encomienda a la hacienda capitalista: el valle de Jequetepeque del siglo XVI al XX*, IEP, Lima.
- CATALOGO
 1940-46 *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, 3 vols, Sevilla.
- COLE, Jeffrey A.
 1981 *The Potosi Mita under Hapsburg administration: The Seventeenth Century*, Tesis Doctoral, University of Massachusetts.
- 1985 *The Potosí Mita, 1573-1700. Compulsory Indian labor in the Andes*, Stanford University Press, Stanford.
- COOK, Noble David ed.
 1968 *Padrón de los indios de Lima en 1613*, Universidad de San Marcos, Lima.
- 1975 *Tasa de la Visita General de Francisco de Toledo*, Universidad de San Marcos, Lima.

- COOK, Noble David
 [1972]1974 "La población indígena de Végueta, 1623-1683: un estudio del cambio en la población de la costa central del Perú en el siglo XVII", *Historia y cultura*, 8, Lima.
- 1976 "Les Indiens immigrés à Lima au début du XVIIe siècle", *Cahiers des Amériques Latines*, 13-14, Paris.
- 1977 "La población de la parroquia de Yanahuara, 1738-47", en Pease ed. 1977: 13-14.
- 1981 *Demographic Collapse: Indian Peru, 1520-1620*, Cambridge University Press, New York.
- 1982 "Population Data for Indian Peru: Sixteenth and Seventeenth Centuries", *Hispanic American historical Review*, 62: 73-120.
- CUSHNER, Nicholas P.
 1980 *Lords of the Land. Sugar, Wine and Jesuit Estates of Coastal Peru*, State University of New York, Albany.
- CHIAPPELLI, Fredi et. al. eds.
 1976 *First Images of America*, University of California Press, Berkeley, 2 vols.
- DAVIES, Keith A.
 1984 *Landowner in Colonial Peru*, University of Texas Press, Austin.
- DEPREZ, Paul
 1970 *Population and Economics: Proceedings of Section V of the Fourth Congress of the Economic History Association*, University of Manitoba Press, Winnipeg.
- DOBYNS, Henry
 1963 "An Outline of Andean Epidemic History to 1720", *Bulletin of the History of Medicine*, 37.
- 1966 "Estimating Aboriginal American Population: An Appraisal of Techniques with a New Hemispheric Estimate", *Current Anthropology*, 7: 395-449.

- ESPINOZA SORIANO, Waldemar
1967 "Los señores étnicos de Chachapoyas y la alianza Hispano-Chacha", *Revista Histórica*, XXX: 224-332, Lima.
- 1973 *La destrucción del imperio de los Incas: la rivalidad política y señorial de los curacas andinos*, Retablo de Papel, Lima.
- EVANS, Brian
1986 "Migration processes in Upper Peru in the Seventeenth Century", Ponencia presentada al Dellplain Symposium of Migration in Colonial Latin America (Syracuse University, 121-X-1986).
- FARRISS, Nancy M.
1978 "Nucleation versus Dispersal: The Dynamics of Population Movement in Colonial Yucatan", *Hispanic American Historical Review*, 58.
- FLORES OCHOA, Jorge ed.
1977 *Pastores de puna: Uywamichiq Punarunakuna*, IEP, Lima.
- HEMMING, John
1972 *The Conquest of the Incas*, Sphere Books, London.
- KEITH, Robert G.
1976 *Conquest and Agrarian Change: The Emergence of the Hacienda System on the Peruvian Coast*, Harvard University Press, Cambridge.
- LANNING, Edward P.
1967 *Peru before the Incas*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- LOCKHART, James
[1968]1982 *El mundo hispano-peruano*, Trad. de Mariana Mould de Pease, Fondo de Cultura Económica, México.
- [1972] 1986 *Los de Cajamarca. Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*, traducción de Mariana Mould de Pease, Milla Batres, Lima.
- MALAGA MEDINA, Alejandro
1974 "Las reducciones en el Perú", *Historia y Cultura*, 8, Lima.

- 1975 "Las reducciones en el virreinato del Perú (1532-1580)", *Revista de Historia de América*, 80: 9-45.
- MAZET, Claude
1976 "Population et Société à Lima au XVI^e et XVII^e siècles: La Paroisse de San Sebastian (1562-1689)", *Cahiers des Ameriques Latines*, 13-14, París.
- MELLAFE, Rolando
1970 "The Importance of Migration in the Viceroyalty of Peru", en Depez ed. 1970.
- MORNER, Magnus
1976 "Spanish Migration to the New World Prior to 1810: A Report on the State of Research", en Chiapelli ed. 1976.
- MURRA, John V.
1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, IEP, Lima.
- 1984 "Andean Societies before 1532" en Bethell ed. 1984, vol. I.
- MURRA, John V. ed.
1967-72 *Visita de la provincia de León de Huánuco (1562)*, 2 vols. Universidad hermilio Valdizán, Huánuco.
- PEASE G.Y., Franklin
1978 *Del Tawantinsuyu a la Historia del Perú*, IEP, Lima.
- PEASE G.Y., Franklin ed.
1977 *Collaguas I*, Universidad Católica, Lima.
- PRESCOTT, William H.
1847 *History of the Conquest of Peru*, Harper and Brothers, New York.
- ROBINSON, David J.
1981 "Indian Migration in Eighteenth Century Yucatan: The Open Nature of the Closed Corporate Community", en Robinson ed. 1981.

- ROBINSON, David J. ed.
 1981 *Studies in Spanish American Population History*, Westview Press, Boulder.
- ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María
 1978 *Señoríos Indígenas de Lima y canta*, IEP, Lima.
- 1981 *Recursos naturales renovables y pesca, siglos XVI y XVII*, IEP, Lima.
- 1983 *Estructuras andinas del poder: ideología religiosa y política*, IEP, Lima.
- ROWE, John H.
 1946 "Inca culture at the Time of the Spanish Conquest", en *Handbook of South American Indians*, Washington, vol. II.
- SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás
 1977 *La población de América Latina*, Alianza Editorial.
- 1978 *Indios y tributos en el Alto Peru*, IEP, Lima.
- 1983 a "Mita, migraciones y pueblos. Variaciones en el espacio y en el tiempo", *Historia Boliviana*, 3: 31-59, Cochabamba.
- 1983 b "Migración rural en los Andes. Sipesipe (Cochabamba, 1645)", *Revista de Historia Económica*, 1; 13-36.
- SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás, ed.
 1985 *Población y mano de obra en América Latina*, Alianza América, Madrid.
- SPALDING, Karen
 1974 *De indio a campesino: cambios en la estructura social del Perú colonial*, IEP, Lima.
- 1984 *Huarocharí: An Andean Society under Inca and Spanish Rule*, Stanford University Press, Stanford.
- STERN, Steve
 [1982] 1986 *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista*

española, traducción de Fernando Santos Fontenla, Alianza América, Madrid.

WACHTEL, Nathan

1976

"Closed, Corporate Peasant Communities in Meso-America and Central Java", *Southwestern Journal of Anthropology*, 13.

ZULAWSKI, Ann

1935

"Mano de obra y migración en un centro minero de los Andes: Oruro, 1683", en Sánchez Albornoz ed. 1985.